

en los círculos intelectuales brasileños que conciben un mundo científico centrado. Critiqué la idea de que estamos atrasados en el plano de las ciencias humanas. Quizá se podría admitir nuestro atraso en cuanto al objeto que la ciencia estudia: en nuestro caso, la democracia. Tal tesis no está muy errada. Países como Brasil no son ejemplos de civismo.

Con todo, nuestras deficiencias no bastan para comprobar las cualidades del modelo nordatlántico. Conviene apuntar sus deficiencias. Primero: no hay un modelo universal de sociedad democrática. El paradigma hoy vigente es el de la sociedad individualista y encaja mal en culturas de perfil distinto. Digo esto sin limitarme a relativizar la democracia occidental porque en ella reside su segunda insuficiencia, más allá de su etnocentrismo: su democracia falla en lo afectivo.

Aquí aparece la posible contribución de la segunda manera de ver la diferencia brasileña y que puede valer para otras zonas del Tercer Mundo. Todo el énfasis de Freyre o Da Matta, entre otros, está puesto en el calor afectivo. Freyre llegó a hablar del Brasil como una «democracia racial», término que en las últimas décadas causó indignación en los militantes negros. Con todo, fuera de toda idea idílica de relaciones fundadas en la esclavitud, daré un ejemplo para ver que tampoco tiene cabida la idea de la mera opresión del negro por el blanco.

En los Estados Unidos es negro cualquiera que tenga un poco de sangre negra. Personas que serían blancas según los parámetros latinoamericanos y especialmente brasileños (nuestro país perdió casi toda su fe en la limpieza de sangre a lo largo del siglo XX) allí son consideradas negras. El mulataje produce negros. En Brasil produce una tercera categoría, cuya denominación es discutida, porque los movimientos negros la critican, señalando que mulato viene de mula y, en consecuencia, reduce al negro al carácter de animal doméstico, para colmo estéril, infecundo. Hoy se le adjudican otros orígenes, más neutrales.

La visión norteamericana de la mezcla racial sostiene que sólo puede ser blanco quien lo es enteramente: todo lo impuro es negro. Hay negros puros, pero eso no importa, porque toda negritud es impura. La idea brasileña es la contraria: no valorizar la pureza. Hay blancos, hay negros y hay mulatos. Nadie es puro ni impuro. Por ello, aquí el peso de la raza es leve y el color de la piel se tizna de cultura. La pureza es una ficción que conduce a una hipertrofia de la biología y al fascismo. Ya escoger lo impuro significa optar por la cultura. No hay asociación más fecunda y más firme que ésta: cultura es impureza. Brasil es un país impuro por convicción. Tal vez por ello su cultura sea hoy tan sólida.

Si en el Atlántico Norte la democracia ha funcionado mejor que en otros países ha sido a costa de un desprecio del mundo desarrollado por la cuestión afectiva. Por otra parte es erróneo parangonar una democracia consolidada en un país capitalista desarrollado, con otra incipiente en otra sociedad. Discutirla en el Tercer Mundo no es buscar una democracia «relativa» adaptada a nuestras condiciones (una democracia con rebajas como en los «tigres asiáticos»). Lejos de ello, se trata de verificar si nuestro descentramiento permite pensar de manera más radical unas cuestiones mal resueltas por el mundo desarrollado.

El buen éxito del modelo europeo occidental y norteamericano de democracia se debe a la apertura Mandeville en cuanto a la relación entre los afectos privados y la vida pública. Según ella, la sociedad podría funcionar sin siquiera acción política. Para Maquiavelo la acción del príncipe, aunque amoral, era todavía política. Para Mandeville, ni siquiera esto es necesario. La búsqueda de fines privados y egoístas hace funcionar la sociedad sin que nadie necesite tener una visión pública. Esto produce un aparente abaratamiento de la vida social. Vivimos con los otros sin que nos haga falta amarlos.

Véanse los pasajes efectuados por Mandeville: del egoísmo al bien común; del mal al bien; de lo individual a lo colectivo; de lo psíquico a lo social y político; y aún más: de la economía a la política, del capitalismo al Estado. No es casual que tal proceso funcione tan bien, convirtiéndose en una de las principales herramientas de Occidente, exportadas al resto del mundo por medio de la anexión.

Pero si tal apertura tuvo buen éxito al eclosionar el encierro medieval, también costó cara. Costó un congelamiento de los afectos. Todo lo que es productivo en una sociedad así descrita pertenece al impulso individualista. Lo que en la modernidad nordatlántica engendra lo social reside en la competencia y no en la colaboración, en la concurrencia y no en la solidaridad.

Al dejarse de lado el proyecto de una sociedad del bien, se abarataron los investimentos afectivos y humanos necesarios para constituir una vida social que funcione. Pero, perversamente, se reforzó lo que es conflictivo en las relaciones entre personas. Demostrando que para que haya sociedad no hacen falta los conflictos, ni la exigencia de una inviable armonía, tal estrategia incrementó la productividad de los conflictos en el Estado democrático de derecho. Con todo, al volver productivos los conflictos, también los fortaleció, legitimó y multiplicó, sea en su forma explícita –la competencia capitalista– sea en su forma menos visible y más constante, la articulación entre el respeto y la gélida indiferencia hacia el otro.

El congelamiento de los afectos y el vínculo con el otro conforme a una relación de imparcialidad, lleva a tratarlo como a un desconocido que merece respeto. El respeto se relaciona, así, con la distancia, el apartamiento, el enfriamiento. En la vida social es frecuente alternar el afecto caluroso por el conocido, socio, pariente, amigo, aliado –y el afecto hostil por el desconocido, enemigo, miembro de otro clan o sociedad. El respeto por el desconocido llega a ser positivo si lo comparamos con la agresividad que podríamos sentir y demostrar ante él.

Pero no existen sólo esas dos posibilidades de trato con el desconocido –el calor de la hostilidad y el frío del respeto– con el otro en tanto otro (porque el aliado no es exactamente el otro sino un otro incorporado a nosotros). Muchas sociedades muestran hacia el desconocido una curiosidad generosa, acogedora.

Ahora, una señal importante del fracaso occidental como civilización es que el Atlántico Norte considera que las civilizaciones hospitalarias son atrasadas. El respeto caluroso por el desconocido suena a estupidez. Hawai o la India, por citar dos culturas que envuelven en flores al visitante, se ven como simples lugares exóticos para ir de vacaciones. Podrían tener peor fama, la de infantilismo irresponsable, lugar poco serio. Una receptividad cálida suena a inmadurez. Ante el otro, Occidente construye dispositivos de prevención y cuidado que, sin llegar a la hostilidad hobbesiana de la guerra de todos contra todos, apenas la atenúan.

La tecnología política moderna, nordatlántica, consiguió construir una sociedad basada en las pasiones que era menos necesario modificar. Ello abarató su construcción pero causó enormes problemas en el modo de lidiar con los afectos «positivos», como diría Spinoza: el amor y la amistad.

El afecto tiene un papel político. Hay, sin embargo, dos modos de funcionar en política. El primero es congelarse, asegurando una democracia de costo relativamente bajo a un individuo definido como egoísta, aun al precio de reducir su deseo u oportunidad de conocer al otro. Tal manera es insatisfactoria, como muestra el avance de la drogadicción en los Estados Unidos: es una sociedad que se muestra incapaz de ofrecer a sus individuos un proyecto positivo de vida. Es funcional, como lo es el capitalismo, en un sentido negativo, al liberar al individuo de los controles sociales que lo maniataban. Pero falla cuando se trata de capacitarlo para encontrar su camino.

Otra manera en que lo afectivo actúa políticamente tal vez sea la nuestra. Es compleja. Aquí lo afectivo, cuando se politiza, es generalmente autoritario. La política sudamericana abunda en «mandonismos» locales, populismos y caciquismos. La mayoría de las veces, cuando el afecto se caldea

o anima en política, desemboca en autoritarismo y aun en el totalitarismo, según ocurrió con Hitler y Mussolini. No es casual que el mayor defensor de la afectividad brasileña, el sociólogo Gilberto Freyre, se vinculase a la derecha. Ella sabe usar mejor la afectividad política que la izquierda, pero nada impide a los progresistas aprender a hacer política desde lo afectivo.

No todas las modulaciones de lo afectivo son autoritarias. Será necesario averiguar por qué tantos grupos sociales, dominados por un Estado y una idea de poder autoritarios, contienen relaciones interindividuales más cálidas. Tal vez el acaloramiento positivo de ciertos afectos pueda romper su complicidad con la heteronomía política y contribuir a una democratización que provenga de abajo, del calor horizontal entre iguales.

Esta es la cuestión decisiva: cómo salir de los dos modelos vigentes, el capitalista avanzado y el tradicional. Ambos descreen del potencial democrático de los afectos y por él podemos apostar. Una relectura democrática de los ensayistas que trataron sobre el Brasil, ante todo Freyre y Sergio Buarque de Holanda, debe tomar esta dirección.

La paradoja del modelo político vigente es, entonces: o bien tenemos una política de comprobado alcance afectivo, generalmente antidemocrático, o tenemos una democracia con una *downsizing* de los afectos. Se trata de una política de baja afectividad o enfriada y de corto alcance. Actúa en las mentes de manera negativa. Se mantiene a costa de las bajas ambiciones, despreciando el potencial transformador del mundo que atañe tanto a lo afectivo como a lo político, y que nadie lleva a cabo porque están separados y aún más: quebrados.

Quedan dos conclusiones. La primera es que nuestra parte del mundo necesita desarrollar el aspecto afectivo de la política, a fin de mantener la pasión como base, para construir una política de costumbres democráticas y no autoritarias; tal es nuestro desafío. La segunda es que ésta puede ser nuestra contribución al resto del mundo: podríamos cuestionar el modelo mandevilliano triunfante en el Atlántico Norte, que funciona en la gestión política del Estado y de la economía pero con un enorme costo afectivo, convirtiendo la sociedad en una casa inhóspita. ¿Será posible construir un modelo alternativo, democrático y afectuoso?

*Traducción: B.M.*